

vá! pues cierto que si así seguimos, no habrá blasfemia que no nos atribuyan nuestros ilustres colegas, porque con el mismo derecho con que nos deducen esa consecuencia, nos pueden atribuir estas otras: luego temen el poder de la verdad, luego aborrecen el poder de la verdad, luego..... todo cuanto se quiera, con tal que juegue la *verdad*. ¡Señores redactores, siquiera por el honor y nombre mexicano, seamos un poco mas circunspectos, algo mas exactos y menos ligeros en cuestiones de tanta trascendencia!

Nosotros hemos dicho, que el poder de la verdad es grande, que obliga á confesarla aun á sus mas encarnizados enemigos, que los corazones corrompidos la exhalan sin querer, que los lábios inmundos la profieren á su pesar; que tiene un atractivo y encanto de que el malvado no la puede despojar con todos sus esfuerzos: nosotros hemos dicho todo esto, y lejos de arrepentirnos ó avergonzarnos, nos gloriamos de ello, lo repetimos y repetiremos sin cesar: pero nosotros hemos dicho tambien, que todo ese poder, que toda esa fuerza, que todo ese encanto y atractivo, no bastan en materia de imprenta, para contrarrestar al error, para impedir todas sus consecuencias destructoras, para neutralizar y enervar su influencia venenosa y corrosiva: ¿y qué contradicción hay en todo esto? Es grande el brillo y resplandor de las estrellas, clara y hermosa la luz de la luna; ¡luego cuando resplandezcan las estrellas y cuando alumbrada la luna, no debemos usar de luces artificiales! Pues por ridícula que sea esta consecuencia, es igual á la que nuestros colegas han deducido: es grande el poder de la verdad; luego la publicación de la verdad es el *único* medio eficaz que se puede oponer al error.

Peró si siquiera discurriesen nuestros colegas dentro de los términos de la cuestión, pudieran tolerarse sus inesactitudes, y sus inconsecuencias fueran menos repugnantes: mas ni esa cualidad tienen, porque como hemos visto ya, la verdadera disputa no es si la publicación de la verdad tiene ó no la eficacia necesaria para remediar los males que produce el error, sino si la previa censura es mas eficaz que el sistema penal y represivo para impedir la publicación del error, es decir, para prevenir el mal, es decir, para evitar la triste necesidad de curarlo y de acudir á los remedios. Que la publicación de la verdad es uno de ellos, ni nosotros ni nadie lo ha puesto en duda ni contestará jamás, mientras haya un átomo de razon y de juicio; pero lo que se ha de probar no es eso, sino el que para evitar esa triste necesidad, sea mas propio este ó el otro sistema: esto es lo que nuestros colegas se propusieron y esto lo que, en nuestro juicio, no han conseguido ni creemos les será dable conseguir, por mas que se devanen los sesos.

(Continuará.)

Parte Religiosa.

Licencia desenfadada de los filósofos.—Causa del desorden de las costumbres públicas.

(CONCLUYE.)

“Mas allá una esposa llora la aversion y los menoscabos del hombre de quien esperaba la dicha y la ventura de toda su vida; y devorada de inquietudes, agitada de continuos sobresaltos, no puede bajar sus tiernas miradas á las inocentes criaturas que le rodean, sin que se sienta cruelmente despedazada de la negra desesperacion. Oprimen su alma la miseria y la afrenta, que amenazan á lo que tanto placer habia tenido de llevar en su seno y estrechar contra su corazon. Arrastrado su esposo por la corriente del ejemplo y de la costumbre, sacrifica á la disolucion y desenfadado de las pasio-

nes los bienes, el tiempo, la salud y el honor; y la desolacion que su extravío causa á la naturaleza, es un tributo que se impone el que aplica á sus labios la copa filosófica.

“Por los confines de las provincias, he encontrado en los campos una multitud de miserables, sumidos en una espantosa indigencia, bajo el dominio voraz de los que debieran ser los órganos de la humanidad y beneficencia de V. M. en medio de la porcion mas laboriosa y necesaria de su pueblo. Hombres henchidos de ambicion y avaricia, sumergidos en el lujo, en el ocio y la adulacion; que solo anhelan por los deleites sensibles, en suma, filósofos, y que por consiguiente en nada tienen ni aprecian el resto de los hombres.

“Por todas partes la juventud militar es indolente, afeminada, sin robustez ni vigor. Creyérase que la filosofía se le ha asociado mas estrechamente para recoger todas las inmundicias con que ha infestado la nacion y envilecido la gloria de las letras. Las plazas militares son de ordinario el teatro de los vicios; en ellas se propagan con increíble rapidez las producciones obscenas y escandalosas que desacreditan nuestro siglo; en ellas la ignominia, la viudez y horfandad afligen á las familias mas virtuosas; en ellas horrorizan en los semblantes pálidos y ajados ya desde su primavera las vergonzosas huellas de los últimos excesos de la corrupcion; en ellas unos hombres, que por su destino á ser el sostén y salvaguardia del Estado, debieran caminar hácia la austeridad de costumbres, que sola puede formar las grandes almas, y alimentar aquella noble intrepidez que hace volar á la muerte y á la gloria; estos mismos hombres se ensangrientan con ferocidad unos contra otros para disputarse la posesion de unos viles objetos del menosprecio público, y envilecen una sangre tan cara y respetable á la patria, porque solo debiera correr bajo los estandartes de la victoria.

Fácil me sería, querido Vizconde mio, ponerlos á vuestra vista un cuadro mas estenso de los estragos de la licencia filosófica; mas no dudo que estareis ya convencido, de que si acaso no se han propuesto los filósofos directamente precipitar á los hombres en su mayor degradacion y última desventura, por lo menos se han valido de los medios mas aptos para conseguirlo. Es muy imperceptible la diferencia que distingue á un filósofo de un perverso, para que sea muy honorífico hacerse filósofo.

A mas de esto, ¿la modestia y circunspeccion no convienen á todos los estados? ¿Y qué carácter requiere mas dignidad y decoro que el de preceptor del género humano? Un magistrado, lo hemos dicho, es el discípulo, el alumno de un filósofo. ¿Pues qué austeridad de sabiduría y de costumbres no exige el mundo de los que tienen en sus manos los bienes, la vida y el honor de sus conciudadanos? Sacerdotes de la justicia, por valermos de las palabras del señor d'Aguesseau, su conducta, aun fuera de su santuario, y en su trato familiar y doméstico, no debe desmentir la santidad y grandeza del sacerdocio tremendo que ejercen. Viéndolos los hombres incorruptibles en su vida, precisamente los han de creer lo mismo en su administracion, porque todos saben que las costumbres sensuales y libertinas enervan al alma, alteran la solidez del carácter, relajan los resortes del entendimiento, apagan el celo del bien público, y debilitando todas las potencias, hacen al hombre aborrecer el retiro y el trabajo. Y con todo, ¿qué es un magistrado comparado con un filósofo? El magistrado no es mas que el hombre de sus conciudadanos; un filósofo es el instituidor de todas las naciones; el uno es el intérprete de las leyes de su pais; el otro el reformador nato de las leyes divinas y humanas, el órgano universal de la naturaleza y de la verdad; el primero es meramente una luz pasajera de su siglo; el segundo subsiste la antorcha de todas las edades, el árbitro del destino de las generaciones venideras, y el único depositario del secreto de la prosperidad de los imperios. ¿Hay algún magistrado que pudiera decir á todos los reyes de la tierra, que deben sus tronos á la inversion de las ideas sanas, y que la razon reclama en favor de ellos y de sus iguales aquellas mismas coronas, que la estravagancia de las costumbres humanas ha hecho descender sobre unas cabezas acaso inhábiles para ceñirlas? Y á unos hombres de un destino tan elevado y extraordinario ¿les puede convenir ni se les debe disimular el aturdimiento y la frivolidad? ¿De qué manera prevendrá los ánimos para recibir la doctrina que desean cimentar el tono de burla y de mofa con que se anuncian? ¿Cómo pueden

combinar sus augustas funciones en el charlatanismo, y con sus indecentes sátiras y sarcasmos? En el teatro se dejan para los farsantes la pedantería y truanismo de que lucen gala. ¿Cómo osan presentarse como propagadores de la ilustracion con una conducta tan tenebrosa? No podemos esperar saludables efectos de un sistema de enseñanza, si no produce buenas costumbres en los que se empeñan en sostenerle. En una palabra, la licencia sin freno de los escritos filosóficos, desacredita su doctrina, y el libertinage de los maestros de esta filosofía de la incredulidad, manifiesta la perversidad de su origen, destruye sus mismos planes, frustra sus deseos de corrupcion, quita los diques á la fogosidad de las pasiones, vuelve contra ella misma el ridículo con que intenta cubrir al hombre de bien, al amante de la justicia, de la verdad, al verdadero cristiano; y concediendo todo desahogo á las pasiones, cebando la imaginacion voluptuosa con lecturas obscenas, rompiendo los vínculos mas sagrados de la sangre y de la sociedad, y despreciando los deberes todos de la religion, es la causa primordial, y el manantial mas perenne del desorden de las costumbres públicas.

Crónica Estranjera.

FRANCIA.

Paris 8 de Marzo de 1849.

Una verdadera tempestad ha soplado en la noche del 1º sobre Paris. Hace mucho tiempo que los observadores de accidentes meteorológicos no habian visto otra tan violenta. Muchos coches han sido volcados por el viento, y los tejados han arrojado una verdadera lluvia de tejas, que gracias á la hora avanzada de la noche, no han causado sino muy pocas desgracias. Por la mañana los que pasaban, se detenian con curiosidad en el *boulevard* de los italianos delante de una enorme chimenea, cuyos despojos cubrian la acera. Las galerías son las que mas han sufrido en sus techos, y un gran número de árboles fueron arrancados de raiz en los Campos Eliseos y en las Tullerías.

—Los jardineros están en este momento ocupados en convertir en un verdadero Eldorado el jardin presidencial del Eliseo Nacional. Cascadas, tanques donde nadan bellos cisnes, alamedas pomposas, macetas de lilas, estatuas, céspedes, flores de todas especies, todo está allí prodigado para hacer de este bello jardin una cosa que corresponda á su nombre mitológico.

—El presidente de la República, con motivo del aniversario del 24 de Febrero, acaba de acordar gracias y conmutaciones de penas á un gran número de condenados militares. La aplicacion de las gracias relativa á los condenados civiles, se ha emplazado para el 4 de Mayo.

—El general Leffo, embajador extraordinario de la República francesa en San Petersburgo, ha pasado por Varsovia el 27 de Febrero, acompañado de su familia y de su ayudante de campo. Vuelve á Paris.

—Segun la cuenta de la situacion del Banco del Pueblo, M. Prudhon contaba el 4 de Marzo con 23.687 francos 50 céntimos de suscripciones de acciones, y 6.250 adherentes. El periódico, *el Pueblo*, da la nomenclatura alfabética de los cuerpos que se han adherido á este Banco, y se notan en ella 267 zapateros, 322 cerrajeros, 578 sastres, 148 tipógrafos, 138 albañiles, 199 carpinteros, 131 ebanistas, &c.

—Los corregidores (*máires*) del 10º y 11º distrito de Paris, acompañados de muchos oficiales de la Guardia Nacional, han venido á poner en manos de M. de Lamartine la bandera tricolor que los ciudadanos de los dos distritos habian llevado el 24 de Febrero de la cámara de diputados al Hotel-de-Ville. Es la primera que se enarbó en el momento de la proclamacion de la República.

El corregidor del 10º distrito habló en nombre de las dos diputaciones, y dijo á M. de Lamartine, que esta bandera, enadelante histórica, en ninguna parte estaría mejor que en la morada de uno de los ciudadanos que la habian tan honrosamente defendido. M. de Lamartine expresó su reconocimiento, y dijo:

“Esta bandera me será doblemente cara, porque es la primera que ha cubierto la cuna de la República, y porque es la primera tambien que ha dado á esta Repú-

blica el carácter de nacionalidad, de moderacion, de unanimidad y de erudicion con los bellos recuerdos históricos. Si alguna vez esta República fuere atacada, ó por sus exageradores ó por sus enemigos, vendreis á uniros aquí, bajo sus colores; ellos volverán á encontrar en nosotros el mismo heroismo, como encontraron tambien en mí la misma voz y el mismo brazo para defenderlos.”

—Se anuncia que á petición de las familias de los individuos condenados á trabajos forzados por los consejos de guerra, el Sr. ministro de justicia de nuevo con el de marina, acaba de dar órdenes para que en lo sucesivo sean tratados en los baños, de una manera particular, para que no se los confunda con los ladrones, y sean empleados en trabajos especiales.

Drama de familia.

El barrio de San Honorato ha sido el 1º de Marzo, teatro de un drama sangriento, que ha causado en Paris una profunda y dolorosa impresion, y que no dejará de hacer ruido en esta parte del mundo, porque se dice que el marido es americano.

M. de Caravy (otros dicen Caraguy) rico propietario de la calle de Anjou-St. Honoré, casado hace muchos años con una jóven, que le ha hecho padre de cuatro hijos, habia concebido hace algun tiempo sospechas acerca de la fidelidad de su muger. Bajo el imperio de estas ideas, M. Caravy observó con el mayor cuidado todos los pasos de su consorte, y adquirió bien pronto la triste conviccion de que habia olvidado los deberes de esposa, manteniendo relaciones culpables con M. Cottoignon, hermano del redactor del *Corsario* que últimamente se batió en duelo con M. Clemente Thomas.

El miércoles 28 de Febrero, M. Caravy, recurriendo al viejo artificio de los maridos, pretestó una ausencia que debia tenerle fuera de Paris durante la noche; despues, convencido de que su muger se aprovecharia de esta circunstancia para recibir á su amante, previno á dos de sus parientes.

Media noche marcaba el reloj en la casa contigua á la de los esposos Caravy, y una fiesta brillante habia reunido en ella á una numerosa sociedad. Hacia largo tiempo que la orquesta habia dado la señal de la danza: el vals y la polka arrastraban á los jóvenes y á las damas en su animada carrera; en una palabra, el baile habia llegado á aquel momento en que el placer, apoderándose totalmente de los espíritus, aleja toda preocupacion. A pocos pasos de aquellas alegres cuadrillas, un drama horrible iba á estallar.

M. Caravy, acompañado de sus dos hermanos, acababa de penetrar sin ruido en una pequeña azotea, que se comunicaba á una altura igual con la pieza de dormir de su esposa: adelantase con sus hermanos, y los tres tienden la vista al interior de la cámara nupcial.....

M. Caravy deja el paso libre á sus parientes, que se apresuran á ir á buscar vecinos para hacer constar el delito, y quédase él para impedir la fuga de los culpables; pero no es dueño de su indignacion, toca, llama á su muger en alta voz, y como no quieren abrirle, rompe la ventana, y penetra en la pieza. ¿Qué sucedió entonces? No lo sabemos, pero pronto se oyeron dos tiros, y el marido herido de una bala en el brazo izquierdo, cae ensangrentado mientras que su esposa y su complice huyen, y desaparecen.

M. Caravy los vé, y venciendo el dolor que causa su herida, presa de una exasperacion fácil de comprender, se lanza en su seguimiento, oprimiendo convulsivamente contra el pecho un par de pistolas de que iba armado.

Al ruido de la doble detonacion, los hermanos de M. Caravy vuelven corriendo, y encontrando en la escalera á un jóven llamado M. Borgagnon, que salia precisamente del baile de que hemos hablado, apoderanse de él, creyendo coger al culpable. En este momento llega M. Caravy, un hombre hace esfuerzos por desasirse de sus hermanos; no hay duda, él es el que le ha ultrajado: da un salto hasta él, y ábrele la cabeza de un pistoletazo.

Entonces tuvo lugar una escena horrible: hombres, mugeres, vestidos de baile se amontonaban en la meseta donde se agitaban dos hombres inundados en sangre; el marido loco de furor, y el desgraciado Borgagnon, víctima de una equivocacion fatal. Este jóven, que tiene la cara traspasada por una bala que le ha llevado una parte de la mandíbula, brega inútilmente en medio de los grupos indignados, que creen ver en él al hombre, que no contento con llevar la vergüenza al seno de